El desafío de hoy a la tradición

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

El radicalismo es lo que aparece como la repentina y oblicua partida de la tradición. El radicalismo es, por lo tanto, sujeto a severa crítica, por un lado, y por el otro se le magnifica como una indicación de progreso.

Ambas opiniones tienen mérito, que depende de las circunstancias por las cuales acontece.
Si una partida radical de las costumbres aceptadas es una transición impetuosa (sin primero haber sido razonada en cuanto a la necesidad del cambio y los efectos que pueden provenir del mismo) entonces es peligrosa. Puede molestar a un orden constructivo y suplantarlo con incompetencia e ineficiencia.

La innovación o mera diferencia en método o procedimiento no es de por sí una garantía de superioridad. Sin embargo, si un cambio divergente en un método o *creencia* tradicional puede establecer el desuso de la tradición y defenderse definitivamente como un mejoramiento práctico en el procedimiento o un avance en el pensamiento, tiene mérito.

La tradición es difícil de borrar por una de dos razones. Primera, los humanos son criaturas de hábito. Existe la casi instintiva tendencia a seguir el camino de la menor resistencia. El camino o los conceptos que son familiares siempre requieren un menor esfuerzo físico o mental. La introducción de nuevas ideas, no obstante, requiere pensamiento, la evaluación en cuanto a su valor y muchas veces una completa revolución en los hábitos de acción y pensar de uno. Por lo tanto, en la mayoría de las personas existe una resistencia natural a tales cambios propuestos, especialmente si el método tradicional parece tener ventajas y no es particularmente molesto.

Otro apoyo común de la tradición (y muchas veces sin mérito) es el aura de reverencia con la cual la sola edad ha llegado a cubrirla. El hecho que gente haya actuado en un cierto modo por décadas o siglos, o siempre haya tenido pensamientos específicos acerca de algo, necesariamente no justifica su continuidad. El tiempo no es sacrosanto de por sí. Una cosa tiene valor solamente mientras continúe sirviendo y mientras no pueda ser reemplazada por algo de mayor valor.

Muchas ideas tradicionales son la herencia de una edad de conocimiento limitado. Las ideas del período no podían en ese tiempo ser desafiadas por nada que tuviera una mayor claridad o firmeza. Muchos de tales conceptos tradicionales son puramente abstractos. No tienen ningún respaldo empírico, es decir, objetivo; que los apoye. En el reino religioso estaban muchas veces basados en la pura fe, sin ningún apoyo. Tales eran las verdades *relativas,* vale decir, relativas a los tiempos, nada más.

Ha habido una tremenda transición durante las últimas recientes décadas. Esto se ha debido, principalmente, al avance científico y tecnológico, ayudado y apoyado por la más extensiva educación de las masas. En otras pa-

labras, más gente sabe más sobre muchas cosas relativas a los fenómenos naturales, como están expresados en el universo alrededor y dentro de ellos.

La mayoría de este nuevo conocimiento sobresale en agudo contraste con mucho de lo que se ha creído en el pasado. El cerrar los ojos a estas muchas veces ideas revolucionarias, es colocarse en la categoría de la ignorancia y del prejuicio, como lo están haciendo muchas personas.

La religión en particular está en la encrucijada en esta lógica revolución del pensamiento. Muchas de sus heredadas creencias dogmáticas tradicionalmente consideradas como habiendo sido divinamente inspiradas, son expresadas en ideas de una edad remota. El impulso tras su exposición puede haber sido subjetivo y espiritual. Sin embargo, en su forma objetiva estaba en el conocimiento limitado de una edad anterior a la del avance de la investigación científica de los fenómenos naturales.

El hecho que la tierra por tanto tiempo haya sido declarada como la creación más importante en el universo, parece ahora una incongruencia a la luz de nuestro conocimiento en expansión, no sólo de nuestro propio sistema solar y galaxia, sino del más grande universo en general. Cada día se vuelve más aparente, con las investigaciones al espacio, que la tierra no es el único lugar elegido para la vida, como lo expone la vieja teología. El descubrimiento biológico que muestra que la célula produce su propio molde genético que es el factor principal para determinar tipos humanos e influir en el comportamiento y las inclinaciones, ataca a la creencia tradicional de que cada humano está más o menos divinamente ordenado para ser como es.

La moral y la consciencia están siendo mostradas por la psicología no como una substancia divinamente implantada sino más bien una interacción entre ciertas características subconscientes y costumbres de grupo e influencias de los alrededores. Del mismo modo, la moral está siendo relegada a un requisito básico de la sociedad, es decir, a un bien común en el sentido de ventajas para el individuo en cuanto a seguridad y bienestar más bien que una conformidad por compulsión a un código religioso.

La sociedad, en sí, es sacudida por el choque de sus ideales opuestos. ¿Serán los hombres abandonados a sus propios medios para sacar lo mejor que puedan de la vida? ¿Será mirado como un éxito quien gana riqueza material (el ideal de la sociedad) y los otros como fracasos relativos? ¿Es sólo suficiente que todos tengan igual oportunidad para encontrar seguridad y felicidad en la vida, o, al no tener éxito, experimentar pobreza y miseria?

Luego está también la opinión de que la vida no le debe nada al hombre. Le ha dado existencia, y allí su obligación biológica termina. Sin embargo, esta opinión afirma que la sociedad necesita a la humanidad tanto como ésta la necesita a aquella. Por lo tanto, se sostiene que la responsabilidad de la sociedad es ver que haya un cierto grado de uniformidad en las ventajas de la vida para la humanidad.

No debería forzar al hombre a depender en sus evidentes desigualdades, intelectuales y otras. La sociedad debería compensar, se afirma, las

deficiencias individuales y proveer por las diferencias en los hombres. Todos los hombres no pueden ser líderes: ¿a quién regirían? Por lo tanto, la sociedad debería cesar de elogiar particularmente a aquellos que son líderes. Debería cesar de hacer que los métodos y modos viejos, por los cuales existe un tipo de sociedad, parezcan los *mejores,* si su única virtud es que son viejos y establecidos.

¿Y qué acerca de la *educación?* ¿Debe el nuevo conocimiento, que las facilidades de la edad proporciona, ser comprimido dentro de las viejas tradiciones? En otras palabras, ¿deberá la sociedad, con su manera arcaica de decidir las disputas internacionales a través de la guerra, merecer el nuevo conocimiento de la edad nuclear para usarlo aunque sea parcialmente en conexión con tradiciones tan pasadas de moda?

La conformidad a la ley no debe ser solamente un asunto de compulsión sino también un asunto de respeto. El apoyo de la sociedad por los ciudadanos inteligentes, de mente abierta y mejor educados de la presente generación, debería ser a causa del respeto que tienen por ella. La conformidad por parte de la emergente generación debería ser porque *quieren* lo que se ofrece.

El asalto a la tradición, que estamos experimentando especialmente hoy sobre aquello que no tiene ningún valor excepto que está cargado de años, continuará en vez de bajar. Con esta marea en aumento de intelectualismo y nuevo conocimiento será barrida mucha basura. Esta consistirá en individuos que usan el período de cambio y desasosiego como una licencia para recurrir a actos de obvia anarquía.

Buscan interpretar los tiempos no como una revisión del pasado y la oportunidad para la substitución de modos más iluminados y progresistas sino más bien para vivir exclusivamente a sus propios deseos. No desearán conformarse a ninguna ley excepto las propias inclinaciones del individuo. Tales personas no son constructoras de la sociedad. sino socavadoras. No colocan ladrillos nuevos en lugar de aquellos que sacan de la bamboleante base.

Sin embargo los críticos de tales individuos no deberían recurrir a una falsa tendencia conservadora y oponerse al rechazo de una inútil tradición. Una tradición debería ser un escalón, no una bola y una cadena. Este es el tiempo de limpiar la casa, racional y desapasionadamente, lo que significa nuestro propio desván mental, el que muchas veces contiene muchos conceptos que están mohosos y enredados en la telaraña de los años.